

El aspecto social de la coeducación

JEPHTHA B. DUNCAN

Introducción

Una de las características de las grandes conmociones sociales como la que acaba de sacudir al mundo civilizado, es la de poner en relieve todas las fases de los problemas que hasta entonces eran contemplados desde puntos de vista determinados. Se dijera que las líneas de contacto entre los hechos morales se rompen, y que éstos se desprenden los unos de los otros, quedando aislados tal como quedarían las distintas piezas de un mosaico que una violenta sacudida separa y desintegra. Es entonces cuando la inteligencia humana puede abarcar tales hechos por todos sus contornos y cuando puede penetrar acaso como nunca el verdadero espíritu que los informa. Es el momento de las revisiones y es el instante en que el hombre parece desligarse de sus prevenciones y prejuicios y estar dispuesto a acatar la verdad en cualquier forma en que ella se presente.

La orientación que por fuerza engendra este estado de cosas es natural y hasta si se quiere benéfica, ya que hace posible nuevas y acaso más acertadas adaptaciones entre las líneas de conducta y las necesidades de la comunidad. Nuevos ideales imponen nuevos cánones, y la convicción aparece clara e ineludible de que es preciso reconsiderar nuestra tabla de valores morales y dirigir la mirada hacia rumbos nuevos por senderos acaso hasta entonces no transitados.

Instabilidad actual de los sistemas educativos

Es evidente desde luego que períodos como el descrito, de transición, en que el desarrollo de los acontecimientos es rápido y en que el progreso social acelera el paso, colocan los sistemas educativos en un estado de inestabilidad que sólo termina cuando la sociedad ha

vuelto a un estado normal que a la vez que consulta los requerimientos de la era existente ostenta caracteres definitivos:

La reorganización escolar y los principios que la rigen no pueden siempre mantenerse al nivel de la en veces rápida marcha social, ya que ésta impone rumbos a la educación pública y entre estas dos actividades, las relaciones constituyen un continuo proceso de reajuste y adaptación.

Tal hecho explica por qué en la actualidad no hay país alguno en que la educación pública no esté en vía de reorganización, siendo ello particularmente notable en aquellos países que en la guerra ha desempeñado los papeles más activos y en donde la evolución social ha sido profunda. El movimiento, a no dudarlo, es mundial y pone de relieve el cambio radical efectuado respecto del valor social de la educación. Francia e Inglaterra, por ejemplo, tienden a perfeccionar sus respectivos sistemas educativos y convenciéndonos ambas naciones de que de ello depende la seguridad nacional, prestan especial atención al establecimiento más amplio de las escuelas complementarias y profesionales a la vez que extienden el período de la obligación escolar.

En los Estados Unidos y también en los países de la América Latina, en Alemania, en Polonia, en Italia, en Bélgica, en Rusia misma, existe la tendencia general de mejorar las escuelas, aumentar el número de ellas y hacer más y más democrático su espíritu.

La mujer como factor social

Y en todos estos países el problema educativo que se presenta ya como uno de los más esenciales es el de la educación de la mujer. Y ello es natural en vista de la actitud observada por la mujer durante todo el transeur-

so de la guerra y lo que necesariamente implica tal actitud para el futuro.

Los que se imaginan que la invasión por ella de los distintos campos industriales o intelectuales que hasta ahora habían estado exclusivamente reservados al hombre, fue un simple resultado de la guerra, bien podrían llegar a la conclusión de que terminado el conflicto mundial, volveremos a los tiempos anteriores y que razones de orden patriótico y otras harán que la mujer abandone las posiciones que hoy ocupa mediante legítima conquista. El caso, sin embargo, es muy distinto y el progreso social efectuado por la mujer no es un hecho aislado, sino el desarrollo de un movimiento que data de largos años. La mujer ha venido clamando por ciertos derechos y ciertos reconocimientos, y la guerra no ha hecho sino ofrecerle la oportunidad de alcanzar rápidamente la realización de viejas aspiraciones.

Y ese precisamente es el espíritu que anima la elocuente declaración hecha últimamente en la ciudad de Washington por más de 700 mujeres oriundas de veinticinco Estados de la Unión americana: "Como los servicios de las mujeres"—declaró ese Congreso femenino,—"a la par que los servicios de los hombres, fueron indispensables para ganar la guerra así de igual modo hácese indispensable que los servicios de los hombres y las mujeres sean utilizados en la realización de la tarea aun más difícil de reorganizar y reconstruir el mundo. Nosotros creemos, por consiguiente, que en las comisiones internacionales creadas en relación con la Liga de las Naciones, debe reconocerse el principio de que las mujeres deben ocupar puesto con los hombres en la resolución de los problemas mundiales de interés común."

La significación de tales palabras es manifiesta, y a ello debe agregarse que esa actitud de la mujer es general en todos los países. Ella ha medido el alcance de sus fuerzas y ha contemplado la amplitud de su capacidad, y de allí que, como es natural, esté resuelta a no perder los frutos de su triunfo. Con lógica innegable juzga que lo alcanzado hasta la fecha es el resultado de persistentes y prolongados esfuerzos que no habrán de cesar en el presente, sino que, por el contrario, habrán de hacerse más vigorosos e irradiar en direcciones más y más variadas.

La coeducación

La nueva posición de la mujer en la sociedad, desde luego, posición en la cual pretende medirse y competir con el hombre, implica cambios radicales en la enseñanza a fin de que ésta sea una e igual para todos. Y

vuelve así al tapete, tal vez como nunca antes, el problema de la coeducación.

Se dirá que nada de nuevo tiene tal problema pues que ha existido desde el instante en que la mujer quiso instruirse. Sin embargo, por poco que meditemos llegaremos a la conclusión que la cuestión ha cambiado de aspecto y que no se trata ya de un simple problema pedagógico, psicológico o siquiera fisiológico. Las discusiones acaloradas que desde hace años se llevan a cabo respecto de esa grave cuestión educativa se han mantenido siempre en el terreno de las citadas ciencias; pero las circunstancias actuales al alterar todos los hechos y todos los problemas, han modificado el de la coeducación haciendo de él un problema eminentemente social cuya resolución tiende a escapar de las manos de los pedagogos para depender de las fuerzas sociales y económicas de las naciones.

Los viejos argumentos de que la coeducación dificulta la diferenciación en los estudios de acuerdo con las necesidades físicas de ambos sexos, no tienen validez si se considera que la educación es ante todo una disciplina mental y que, además, las necesidades sociales de la mujer guardan hoy más que nunca cierta identidad con las del hombre. Tampoco puede alegarse que la coeducación impide el desarrollo en el hombre y en la mujer de aquellas cualidades que les son características, ni tampoco que física o mentalmente puedan sufrir las señoritas por los esfuerzos que hagan para mantenerse al nivel de los jóvenes, pues los informes y los datos que arrojan las estadísticas de los planteles mixtos en distintas partes del mundo prueban que tales asertos no pasan de ser meras suposiciones. Ni las razones que algunos exponen con gran fuerza respecto de que la coeducación tiende a ocasionar matrimonios prematuros, o que, por el contrario, retarda esa unión, nos parecen convincentes.

G. Stanley Hall, por ejemplo, que es uno de los que con mayor fuerza aduce estos argumentos en contra de la coeducación, partiendo desde luego desde el punto de vista del psicólogo, pretende que el contacto y la familiaridad entre los sexos disminuye la fuerza del atractivo sexual, pero él mismo no se aventura a asegurar el hecho. "Algo desaparece—dice en su obra sobre la «Adolescencia»—del encanto y del florecimiento del ideal que nos formamos de una señorita, a causa de un estrecho contacto, y el joven visto de cerca, aparece como menos ideal a las señoritas. En vez de aquella atracción mística de un sexo por el otro que ha inspi-

rado tantas cosas bellas en el mundo, la «camaraderie» familiar produce desencanto. El impulso de manifestarse en el mejor aspecto en presencia del sexo opuesto, pierde su fuerza y la tensión sexual disminuye, y cada cual viene a sentirse penetrado y conocido, de modo que hay menos motivo para observar la conducta ideal que tales razones inspiran, ya que en ellas las exigencias son constantes. Esta desilusión disminuye el incentivo hacia el matrimonio a veces en ambas partes, y cuando las señoritas se descuidan en su traje y se vuelven muy negligentes en sus maneras, que constituyen uno de los mejores medios de formar buenas costumbres en la mujer, y cuando los jóvenes pierden todo el refinamiento que la presencia de las señoritas generalmente les impone, se produce entonces un deterioro sutil. Yo creo, pues, aunque naturalmente ello es imposible de ser comprobado, que este es uno de los factores que influyen en la disminución del porcentaje de matrimonios entre jóvenes y señoritas que poseen instrucción.”

Pero oigamos al Director de la Escuela Normal de Sucre (Bolivia) en un informe que tiene gran valor sobre la materia, porque se refiere precisamente no a niños de tierna edad, sino a adolescentes tales como aquellos a que aluden los anteriores argumentos:

“Los resultados de la coeducación—dice el citado Director—son completamente favorables y cada día me regocijo de haberla introducido en la Escuela Normal.

Respecto a la influencia ejercida por la coeducación en la Escuela, he aquí lo que he comprobado: Desde el punto de vista del trabajo intelectual, el ejemplo de la aplicación sostenida, manifestada por las niñas, ha sido saludable para excitar el celo de los jóvenes; algunos normalistas, notoriamente conocidos como perezosos o negligentes, se han corregido por sí de estos defectos y han llegado a ser excelentes alumnos por la sola presencia de las niñas; es insoportable para un adolescente ser censurado delante de señoritas y este sentimiento diestramente manejado ha sido poderoso para dar hábitos de orden y de trabajo.

Desde el punto de vista social, he visto con placer extinguirse poco a poco la desconfianza, el sentimiento de fastidio y de timidez que marcaron al principio las tentativas de fraternización de las señoritas y de los jóvenes. Se ha establecido una franca cordialidad favorecida por las preocupaciones e intereses idénticos y por el cambio de pequeños servicios.

En los adolescentes se desarrolla, con la

pubertad, un sentimiento especial que hace ver al otro sexo en el marco de una especie de idealización misteriosa, extrañamente favorecida por las lecturas y por el conjunto de las precauciones tomadas por las madres, los curas y los educadores para aislar a los sexos.

He podido darme cuenta de que la educación en común ha combatido eficazmente y de la manera más natural este sentimiento de malestar romántico. Viviendo en común, los jóvenes y señoritas han aprendido a conocerse y a apreciarse en su justo valor.

Añadiré que la sola presencia de señoritas en un establecimiento normal ha hecho a los jóvenes más sociables: han perdido su violencia, y han ganado en cortesía, en actitudes y en respeto de sus personas.

Por su parte, las niñas han obtenido un beneficio notable de la coeducación: han ganado en ánimo, en independencia y han perdido su timidez y su frivolidad”.

Y he aquí también algunos conceptos importantes emitidos por M. Carey Thomas, Presidenta del Colegio de Bryn Mawr, en Pennsylvania, en un estudio valioso sobre la «Educación de la Mujer»: “Todos los argumentos contra la coeducación de los sexos en los colegios—dice—han sido refutados y desvanecidos por la experiencia. Se temía al principio que la coeducación haría inferior la calidad de los estudios debido a la supuesta inferioridad mental de la mujer. La experiencia unánime en los colegios mixtos prueba que el promedio obtenido por las mujeres es un tanto más elevado que el promedio alcanzado por los hombres. Se alegan muchas razones para explicar este éxito superior de las mujeres, tales como su alejamiento de las distracciones que ofrecen los deportes, su mayor asiduidad, su norma de moralidad más elevada; pero el hecho, sea cual fuere su razón, queda establecido y es tan satisfactorio como sorprendente para aquellos que se interesan en la educación de la mujer. El problema de la salud también ha quedado resuelto; miles de señoritas han estudiado al lado de jóvenes en instituciones mixtas durante los últimos veinticinco años y se han sometido exactamente a las mismas pruebas sin que haya habido un porcentaje mayor de retiros a causa de enfermedad en el caso de ellas que en el caso de los varones. El problema de la conducta también ha desaparecido. No han surgido ninguna de las dificultades que se temían del asocio de señoritas y jóvenes en edad de matrimonio.

Considerando la coeducación en general es sumamente sorprendente que haya teni-

do el éxito que ha tenido. Tal vez la única objeción que desde el punto de vista del hombre se le pueda hacer a la coeducación en los Estados Unidos es la de haber tenido un éxito tan notable y de que la proporción de señoritas estudiantes aumenta con demasiada regularidad."

La coeducación como problema social

Los anteriores conceptos que se basan sobre hechos comprobados tienen, a no dudarlo, una importancia innegable, y vienen a robustecer al mismo tiempo la opinión que prevalece hoy entre la generalidad de los grandes educadores respecto de las ventajas sociales que resultan de la coeducación. Tal sistema educativo propende, en efecto, al desarrollo del espíritu democrático y a la igualdad entre los sexos, a la vez que intensifica el espíritu de cooperación en el trabajo entre el hombre y la mujer, hecho tanto más deseable hoy en que el número de mujeres que laboran en los mismos establecimientos y en los mismos talleres con los hombres tiende a aumentar cada día. En fin, la coeducación es el mejor medio de establecer un respeto íntimo entre los sexos y de perfeccionar las relaciones que la vida exige entre el hombre y la mujer en el mundo social y en el mundo de los negocios, y constituye a la vez el sistema educativo más económico y más equitativo, pues que permite el establecimiento de escuelas aun en los pueblos pequeños y apartados en donde el número de alumnos es tan exiguo que escasamente justificaría la apertura de planteles separados para cada sexo.

Los adversarios de la coeducación, sin embargo, no se han dado por vencidos, y viendo ahora que el problema ha cambiado de aspecto y se ha convertido en cuestión social de alta trascendencia, principian a cambiar ellos también de táctica y a empuñar armas nuevas que ellos juzgan eficaces en el momento presente.

"La coeducación—dice, por ejemplo, un escritor en un número reciente de la revista norteamericana «School and Society»—obliga a los jóvenes a entrar en una concurrencia que no es natural ni equitativa. Un estudiante de una Universidad al ser interrogado acerca de su oposición a las mujeres, respondió: "Se llevan todos los premios!" Este es un resumen convincente de algunas de las más graves dificultades inherentes a la coeducación. Las señoritas son mejores estudiantes que los jóvenes, pues son superiores en fuerza de aplicación y en voluntad para aprender. Leen más, escriben más, poseen un radio de ideas más

amplio y proporcionalmente son más intelectuales. El resultado es inevitable; los honores académicos recaen desproporcionadamente en las señoritas. Los jóvenes se satisfacen con un grado inferior de conocimientos, y mientras la preocupación dominante en la Universidad la constituyan los deportes y no los estudios, tendrá que prevalecer este grado inferior de conocimientos. Un joven, por consiguiente, que ganaría premios en una Universidad exclusiva para varones, se ve privado de ellos en un plantel mixto. Como es natural, juzga que se le despoja de sus derechos, y en vista de la actitud condescendiente de las facultades hacia el reemplazo de los estudios por los deportes, tiene perfecta razón en abrigar resentimiento ante tal injusticia. Y existe un resentimiento aún más profundo que éste, un resentimiento de la incongruencia inherente a esta lucha monstruosa con mujeres, lucha propia de Atalanta, más adecuada para la Mitología que para la vida real. La hidalguía y la generosidad de un joven hacia las señoritas son puestas a prueba, pero a duras penas puede esperarse que él posea un desprendimiento platónico tal en su consideración al sexo que le permita perdonar a una señorita que lo ha humillado."

He ahí, pues, el nuevo y gran argumento. La coeducación es inaceptable porque los varones no pueden competir con las mujeres en los estudios; porque éstas se llevan todos los premios y todos los honores; y porque es necesario que el joven no tropiece con dificultades para poder lucirse en sus labores escolares. No debe haber incentivo para que el joven haga mayores esfuerzos sino que por por el contrario, es preciso evitarle una competencia que lo obliga a comprobar su capacidad y su inteligencia y su laboriosidad; en otros términos, el temor de la derrota para los varones es lo que hace inconveniente la coeducación!

Y obsérvese que éste es el mismo argumento que en otra forma aducen los obreros que ven los talleres y las fábricas invadidas por intrépidas y hábiles mujeres. Temen la competencia de la mujer que ha demostrado ser obrera inteligente y capaz, temen que por ser ella menos exigente ocasione reducción en los salarios, temen que su entrada a las faenas hasta ahora reservadas al hombre, sea el medio de que en adelante puedan valerse los patrones para hacer ineficaces las tentativas de huelga. Y éstos son justamente los temores manifiestos de los conductores de tranvías de la ciudad de Cleveland, Ohio, al pedir con insistencia que sean des-

pedidas de sus puestos las mujeres que desde que los Estados Unidos entró en la guerra mundial, han venido prestando con gran eficiencia servicios en calidad de conductoras.

Y a la verdad que tales presentimientos no carecen completamente de fundamento, sobre todo si advertimos que tal vez durante mucho tiempo las circunstancias actuales seguirán haciendo indispensable la participación activa de la mujer en los servicios públicos. "No hay razón apreciable para creer"—dice, en efecto, en un editorial el semanario neoyorquino «The New Republic»—que la presión económica que impulsa a las mujeres hacia las industrias disminuirá, pues aunque el costo de la vida no aumente, la clase de ella seguirá en alza. La restricción de la inmigración acrecentará simplemente la corriente de las mujeres hacia las fábricas, pues forzará a los patrones a ofrecer condiciones más favorables a las obreras. La guerra al obligar a la mujer a recurrir a ocupaciones a que no estaba acostumbrada, ha contribuido aún más al derrumbe permanente de las barreras de la costumbre y del prejuicio, y aunque la mujer tal vez no logre mantenerse en algunos de los oficios a que ha sido admitida, probablemente tendrá éxito en aquellas nuevas ocupaciones para las cuales está realmente preparada.

Al fin y al cabo las mujeres entrarán y permanecerán en las industrias mientras que esté en el interés de ellas hacerlo, y ello será así hasta tanto no cambien radicalmente las condiciones generales económicas y sociales. Todo llamamiento, pues, que se les haga en nombre del patriotismo para que abandonen sus puestos, resultará inútil."

Y estas razones bastan para convencernos de que la mujer, para no verse en desventaja en su lucha con el hombre, aspirará más y más cada día a recibir análoga preparación intelectual que él, y de ahí que la coeducación esté destinada a efectuar progresos rápidos y decisivos. Las estadísticas demuestran que ello es ya un hecho, pues si bien el porcentaje de estudiantes varones aumenta generalmente más rápidamente que la rata de la población, en cambio el porcentaje de estudiantes mujeres aumenta con mayor celeridad que el de los varones.

La escuela mixta en Europa y en los Estados Unidos

El número de escuelas mixtas, en efecto, es ya muy considerable en los distintos países del mundo, y ello hace creer que en ade-

lante se tratará simplemente de la aceleración de un movimiento ya iniciado, es decir, de una evolución más rápida de los acontecimientos y no de una revolución en el terreno de la educación pública. En Alemania, por ejemplo, según datos estadísticos acopiados por el Profesor norteamericano Ernest N. Henderson, las escuelas bisexuales son muy numerosas; en Austria el 85% del total de las escuelas son mixtas; en Inglaterra el 65%; en Escocia el 97%; en Irlanda el 50%, y en los Estados Unidos más del 96%.

En España puede decirse que no existe la coeducación; en Italia apenas una quinta parte de las escuelas son bisexuales, y en Francia, aunque se advierten ya señales de progreso, el número aún es reducido.

La coeducación en la América Latina

Los adversarios de la coeducación, y entre ellos en particular los que residen en los países de la América Española, generalmente deducen de los hechos anteriores que ese sistema educativo ha sido implantado y florece en los países septentrionales, debido a que el clima, el temperamento nacional y la religión permiten su existencia, sin peligro para la moral; pero aseguran que el caso es distinto al tratarse de países de origen latino y de temperamento ardiente, en donde impera el catolicismo y en donde ciertas prevenciones se empeñan en mantener durante el mayor tiempo posible la separación de los sexos.

Sin embargo, hé aquí lo que dice al respecto el Director de la Escuela Normal de Sucre en su informe ya citado:

"El primer argumento presentado contra este sistema es el del clima y el temperamento nacional. Se ha pretendido que la coeducación no es posible sino bajo ciertas latitudes y para ciertos temperamentos. La experiencia emprendida en Sucre desde 1910 y continuada hasta el presente, viene a destruir esta afirmación. Sucre goza de un clima cálido, uniforme, que obra fuertemente sobre el sistema nervioso. Estas consideraciones de clima, de medio y de temperamento no han influido en nada sobre las relaciones de jóvenes y señoritas".

Este valioso testimonio viene a quedar reforzado con los informes recogidos por el Profesor Edgard Ewing Brandon en su importante estudio intitulado «Latin American Universities and Special Schools», y que demuestran que contrariamente a lo que se cree la coeducación se ha extendido de mo-

do notable en casi todos los países de habla española, y que ni consideraciones de clima, ni las costumbres y tradiciones sociales, ni los temperamentos resultantes de las mezclas de razas, ni las circunstancias de edad en los alumnos, han logrado impedir el éxito de la escuela mixta ni hacer arrepentir a ningún Gobierno de haberla establecido.

Y a este respecto el siguiente cuadro de datos estadísticos tomados del aludido estudio, resulta elocuente: (1)

País	Número total de Escuelas	Escuelas Mixtas
México	8.451	1.821
Salvador	486	83
Guatemala	1.258	283
Costa Rica	337	272
Ecuador	1.197	92
Argentina	4.869	4.140
Ciudad de Buenos Aires	189	42
Uruguay	793	662
Provincia y ciudad de Montevideo . .	86	65
Chile	2.239	1.426

A estos datos debe agregarse que en Cuba existe la escuela mixta y que en Puerto Rico todos los planteles de enseñanza son mixtos, desde el Kindergarten hasta la Universidad.

Y no se crea que en estos países la coeducación sólo prevalece en la enseñanza primaria. En Costa Rica, por ejemplo, hay establecimientos de enseñanza secundaria bisexuales; en el Instituto Pedagógico de Chile existe la coeducación; en el Brasil, la Escuela Normal de Río Janeiro, y en Bolivia, tres Escuelas Normales inferiores además de la ya citada Escuela Normal Superior de Sucre, son mixtas, a lo que agregamos ciertos informes importantes que nos ha suministrado el profesor argentino Julio R. Barcos, en relación con su país, en donde hay cuatro escuelas normales mixtas, figurando entre ellas la gran Escuela Normal Mixta de Profesores de la ciudad del Paraná en donde se han formado algunas de las mentalidades más vigorosas con que cuenta aquella próspera República.

En Panamá la Escuela Mixta está, por decirlo así, en sus comienzos, aunque debe advertirse que desde hace algunos años existen algunas escuelas bisexuales que han te-

nido éxito completo. La nueva Ley de Instrucción Pública, la 35 del presente año, faculta al Poder Ejecutivo para establecer la coeducación en donde las circunstancias lo requieran, y con tal paso, a la par que con la intensificación de algunas fases de la educación de la mujer como, por ejemplo, la Economía Doméstica y la Higiene, con la adopción de medidas enérgicas para hacer más efectiva la obligación escolar y combatir mejor el analfabetismo, y con la ampliación del programa de educación física y vigilancia médica de las escuelas, nuestro país entra en el movimiento educativo nuevo que en el presente se nota en los países avanzados en materia de educación pública.

La resolución del problema

En ese gran movimiento, como ya lo hemos hecho observar, habrá de figurar con una insistencia inusitada, el problema de la coeducación, problema que a nuestro ver, jamás ha estado como hoy más cerca de su resolución definitiva. Ante la faz del mundo civilizado la mujer ha conquistado un puesto de que no será posible privársele en adelante, pues ha dado pruebas en todas las esferas de la actividad humana, de que ni en inteligencia, ni en laboriosidad, ni en consagración ni en eficiencia es inferior al hombre.

Hace ya años que la mujer viene haciendo estudios en aquellas esferas del saber humano que habían permanecido reservadas al hombre, tales como la Teología, el Derecho, la Medicina, la Dentistería, la Farmacia, la Veterinaria y la Agricultura. El número de mujeres que cada día escogen estas ciencias como terreno de preparación para la vida es mayor y la observación demuestra que, en general, en los planteles profesionales el sistema que parece destinado a prevalecer es el de la coeducación.

Este sistema, además, vendrá a ser cada día más usual, debido a ciertos cambios que se advierten en la organización misma de la enseñanza. Hay la tendencia a ensanchar más y más el radio de la educación moderna, y con excepción de la educación física, la mujer podrá seguir los mismos estudios que el hombre sea ya que se trate de educación profesional, social o cívica o meramente cultural. Nuevas materias o asignaturas se incluyen en los planes de estudios, y ello desde luego, a la vez que permitirá la elección libre de ciertas asignaturas y el rechazo de otras, brindará tanto a los jóvenes como a las señoritas oportunidad de escoger de acuerdo con sus preferencias o necesidades. En fin,

(1) Téngase presente que la obra del Profesor Brandon fue escrita después de un viaje por la América Latina efectuado en 1912, y que por consiguiente, el número de escuelas en los países mencionados en el cuadro, es sin duda mayor en la actualidad.

los establecimientos de enseñanza, según se nota en casi todas partes, tienden a aumentar en tamaño y a formar un agregado de secciones diversas, lo que resulta más económico desde el punto de vista del funcionamiento y constituye factor importantísimo en esta época de reconstrucción en que las riquezas de casi todas las naciones han mercedo notablemente y se hace difícil cuando no imposible, multiplicar el número de escuelas y universidades dotadas de acuerdo con las necesidades nacionales y las nuevas orientaciones educativas.

Ha llegado el momento de que la preparación intelectual de la mujer se adapte a las necesidades de su vida futura y a la nueva actuación que le incumbe en el estudio y la resolución de las cuestiones graves de la existencia. No creemos que ello cause perjuicio alguno a las bellas cualidades que la adornan como mujer o que la hacen apta para el desempeño de los deberes domésticos inherentes a su sexo, y en cambio sí estamos seguros de que ella dejará de ser como frecuentemente sucede, un mero adorno de salón o un pasatiempo agradable, para desempeñar el papel que realmente le corresponde

en el mundo nuevo en cuyo dintel nos encontramos ya.

Se impone un sistema de coeducación a cargo de un personal docente de tacto y de carácter levantado, un sistema que admita cierta flexibilidad en los planes de estudio. El problema que tal reorganización implica en los planteles de enseñanza, ya de carácter eminentemente social por la fuerza de las circunstancias y por el desarrollo de los acontecimientos, quedará resuelto, en nuestro concepto, por la mujer misma. Hasta ahora las autoridades escolares han dictado disposiciones, generalmente con escasa buena voluntad, para que la mujer pueda concurrir a los establecimientos docentes reservados al hombre, pero en adelante les tocará a esas autoridades hacer frente a una irresistible presión social, compleja y amplia, que impulsará la mujer hacia las puertas de los colegios y universidades, sea cual fuere el carácter de éstos.

¿Permanecerán cerradas esas puertas ante su imperiosa llamada, no ya por razones pedagógicas, psicológicas o fisiológicas, sino simplemente porque el hombre teme una nueva y formidable concurrencia social?

El tiempo lo dirá.

Evolución Cívica e Intelectual de Chile

OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

Su topografía y su espíritu nacionalista.—El patriotismo de los chilenos y la solidez de sus instituciones políticas.—Desarrollo de la enseñanza oficial.—El periodismo.—La novela y el cuento.—Los poetas.—Los hombres de ciencia.—Caracteres de la cultura chilena

Escribir acerca del adelanto de un país en donde uno ha formado su espíritu y ha vivido los mejores días de la juventud, podría parecer un desahogo parcial del sentimiento y no el fruto de la razón que ha observado y comparado hechos y circunstancias. Mas yo he esperado que seis años de permanencia en mi patria aquilaten mi juicio y precipiten como un sedimento del alma las añoranzas y los recuerdos de la hospitalaria tierra lejana. Por otra parte, el mundo será testigo de la exactitud de cuanto aquí afirmo, pues es ya una convicción de todos el gran desarrollo intelectual de Chile y la solidez y seriedad de sus instituciones.

Si hubiera de sintetizar de antemano mi pensamiento, diría que en tanto que Argentina y el Brasil—los otros elementos del A, B, C—presentan el ejemplo de dos países de grandes recursos económicos, de desarrollo industrial, comercial y agrícola asombrosos, Chile, en cambio, ofrece en los caracteres esenciales de su vida política, en evolución intelectual, y en la fisonomía moral de su población, rasgos valiosísimos que resisten el examen más exigente del sociólogo.

Sus habitantes constituyen desde luego, el núcleo nacional más homogéneo de América y más arraigado a su suelo. Son ellos también los primeros que dieron el ejemplo de terminar la era de anarquías y revoluciones en la infancia cívica de nuestras turbulentas democracias. Estrechado su territorio entre Los Andes y el Pacífico, entre las pampas del Polo y los desiertos del Ecuador, se ha defendido valientemente de estos cuatro colosos y los ha sometido a su servicio. Los chilenos tienen la obsesión de la cordillera

y la obsesión del mar, como quien dice la obsesión de la altura y la obsesión de la inmensidad. Orgullosos de vivir en el «rincón del mundo», seguros dentro de este apartamiento celoso en que los ha colocado la naturaleza, quizá en esto mismo está el secreto de su espíritu nacionalista y de la fuerza poderosa de su cultura. «Vuestro desenvolvimiento nacional—les indicaba Rodó en una solemne ocasión que yo presencié—tiene la ascensión graduada y armoniosa de una amplia curva arquitectónica, la serena firmeza de una marcha de trabajadores en la quietud solemne de la tarde. Diríase que habéis sabido transportar a los rasgos de vuestra fisonomía ese mismo carácter de austera y varonil grandeza que el viajero siente imponerse a su ánimo en la contemplación del aspecto y la estructura de vuestro suelo: férreamente engastado entre la majestad de la montaña y la majestad del mar, sellado por la expresión de la abundancia, de la voluptuosidad o de la gracia.»

Es un hecho ya bien observado que la gran civilización ha sido de las islas, como las griegas, o de los países costeros, como Roma y Cartago. El carácter mismo de estos pueblos se distingue por su altivez e independencia al mismo tiempo que por su aptitud para gobernar y dejarse gobernar, para formar, en una palabra, organismos bien constituidos de nación. Así Inglaterra y así Chile, cuyos hijos son llamados con bastante acierto «los ingleses del Sur».

Si sólo se consideran las riquezas aparentes—ha dicho, más o menos, un escritor francés—hay más pasado en el Perú, más presente en la Argentina, más porvenir en el Brasil; pero en ninguno otro país de la América latina se encuentra este desarrollo normal de una nacionalidad auténtica e intacta. Es el mismo pensamiento que sintió Root, un vigoroso cerebro, después de su visita por nuestros países. A alguien que le pedía sus impresiones acerca de Chile, cuando ya las había dado del Brasil y Argentina, le respondió: «Chile . . . Chile es un país!» Un país, por otra parte, cuyo sello característico es su patriotismo de buena ley, que explica, a su vez, la evolución de su democracia y la solidez y progreso de sus instituciones políticas, libres de las máculas que retardan la organización regular del gobierno, en otros pueblos del Nuevo Mundo.

La legislación chilena ha servido de norma y modelo en el Continente, en especial el Código Civil redactado por Bello, monumento de ciencia jurídica en que armonizan el

fondo y la forma, la claridad y la concisión.

«Afortunadamente—decía don Ramón Menéndez y Pelayo hablando del sabio venezolano—Bello había ido a asentar su cátedra en un pueblo americano que, menos dotado de condiciones brillantes que cualquier otro, a todos aventaja en lo firme de la voluntad, en el sentido grave y maduro de la vida, en el culto de la ley, en el constante anhelo de la perfección y en la virtud del respeto. No llegó a educar poetas, por que la tierra no los daba de suyo, pero educó hombres y ciudadanos y su espíritu continúa velando sobre la gran república, que por tantos años ha sido excepción solemne entre el tumulto y agitación estéril de las restantes hijas de España.»

Paralelo a este progreso político corre en Chile el progreso de la enseñanza, que ha hecho de sus liceos y universidades, focos potentes a donde convergen estudiantes por los cuatro costados de Hispano-América. L. S. Rowe, uno de los educadores norteamericanos que mejor han estudiado y comprendido nuestras instituciones educativas, ha confesado con sobriedad y justicia sajona, «que Chile posee los mejores liceos e institutos de Sud-América»; y hablando de la facultad universitaria que más influencia ha ejercido en la pedagogía del Continente, el Instituto Pedagógico, «otra lección de la experiencia—dijo—de mucha importancia para los pueblos latino-americanos, es la necesidad de formar maestros de profesión para los liceos y escuelas superiores. Chile es el único país que ha hecho progresos notables en este sentido. En la República Argentina el cuerpo docente de los colegios está compuesto de médicos y abogados».

Es que el Estado chileno, desde los primeros días de su vida independiente, se ha preocupado como pocos, con conciencia clara de sus tareas, de forjar en la educación de la juventud un instrumento poderoso con que labrar la libertad, grandeza y unidad de la nación.

Este amor a la enseñanza y al orden y la liberalidad de sus leyes, abrieron las puertas del país a numerosos extranjeros ilustrados, proscritos políticos o sembradores espirituales de los campos vírgenes, que ayudaron desinteresadamente en la labor titánica. Entre esos extranjeros ilustres descuellan, como atalayas de la cultura chilena, José Joaquín Mora, Manuel José Grajales y Andrés Antonio Gorbea, españoles; Lorenzo Zazié, Claudio Gay y Courcelle Senenil, franceses; Ignacio Domeyko, polaco; Guillermo Blest,

inglés; Philippi, alemán (1); el sabio venezolano don Andrés Bello, primer Rector de la Universidad Nacional, y los argentinos Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, el enorme Sarmiento a cuyo impulso de coloso Chile y Argentina deben la marcha rápida de su instrucción pública. Estos espíritus «cosmopolitas»,—en franco consorcio con espíritus nativos de la talla de Lastarria, Barros Arana, Abelardo Núñez, Claudio Matte, Miguel Luis Amunátegui y muchos otros,—labraron las bases, puede decirse del adelanto intelectual de la República que el fraile iluminado Camilo Henríquez anunció en su «Aurora» de 1812, la hoja volante donde nacieron la literatura y el periodismo chilenos.

No es mi objeto hacer un estudio detenido del movimiento intelectual que siguió a aquella brillante avanzada, ni ello sería posible en las pocas páginas de que dispongo. Muchas se necesitarían, en efecto, para encerrar la labor de los Lastarrias, los Varas, los Vallejos, los Tocornales, los Bilbaos, los Mattas, los Espejos, los Lillos, los Vicuña-Mackenna, los Amunátegui, los Arteaga-Alemparte, los Reyes, los Santa-Marías, los Solares, los González, los de la Barra, los Balmaedas, los Huneeus, los Montt, los Hubner, los Barros, los Blanco Cuartín, los Errázuriz, los Gumucios, los Soffias, los Figueroas, etc., etc. Son todos estos, nombres representativos y a ellos debe Chile el brillo inusitado de su periodismo, de las ciencias y de la literatura en todos sus géneros. y manifestaciones.

Una generación briosa, original e inquieta ha sucedido a la anterior, llamada a marcar a la cultura chilena rumbos definitivos de acuerdo con su idiosincrasia, su medio ambiente y su naturaleza.

El periodismo, por ejemplo, puede enorgullecerse hoy con espíritus superiores como Carlos Silva Vildósola, de pluma fácil y elegante, de escarpelo social fino e intenso; Joaquín Díaz Garcés (Ángel Pino) de pensamiento risueño y eriolismo natural y genuino; Miguel A. Gargari y Armando Hinojosa, humoristas espontáneos y fecundos; Carlos Varas Montero (Mont Calm) cronista ligero y amable; Alfredo Irarrázabal, Misael Correa, Egidio Pablote, Barros Méndez, Raposo, A. Subberecascaux y muchos más que mantienen a un alto nivel las columnas de la hoja «diaria». La prensa

chilena goza en la actualidad de una amplia libertad, a que sólo ponen límites la cultura y el respeto social. Su tradición no interrumpida de civismo, de nobles y viriles esfuerzos por alcanzar la definitiva organización de su sociedad, la han convertido en una fuerza directriz, la más poderosa y acatada.

Un alto nivel alcanzan también la novela y el cuento con Alberto Blest Gana, el decano del género en Chile; Luis Orrego Luco, autor de «Casa Grande» e «Idilio Nuevo», dos novelas de costumbres, bien trajadas; Fernando Santiván, autor de «Ausia» y «Palpitaciones de Vida»; Baldomero Lillo, maestro en «Sub-terra» y «Sub-sole»; Rafael Maluenda, el de las «Escenas de la vida campesina»; Pedro Nalasco Cruz, Mariana Cox de Stiven, Emilio Rodríguez Mendoza, Guillermo Labarca Hubertson, Augusto Thompson, Federico Gana, Nataniel Yáñez Silva, Ángel Pino, Roberto Alarcón, Mariano Latorre Court, Leonardo Penma, Joaquín Edwards, Ángel Custodio Espino, Armando Carrillo Ruedas.

Entre los poetas de la nueva generación, discípulos o contemporáneos de Pedro A. González, el gran lírico de «Ritmos» o de Carlos Pezoa Véliz, el vate de los dolores del pueblo, figuran en primera línea Víctor Domingo Silva, apostólico y fogoso en sus valientes ideales socialistas, aquel que dijo:

«Humilde orgullo mío si en esta hora inquieta
de todos mis poemas se hiciera una campana
para tocar a gloria... Quizá soy un poeta
pero antes que poeta soy revolucionario...»

Manuel Magallanes Moure, cantor apacible y eglógico de la naturaleza; Francisco Contreras, artista de refinamiento francés, capaz de sentir, sin embargo, el «romance de Chile» y la poesía de la «luna de la patria»; Antonio Bórquez Solar, el maestro de «Campo lírico» y de la «Floresta de los leones»; Miguel Luis Rocuant, el de las «Brumas»; Diego Dublé Urrutia, cuya inspiración ha ido «del Mar a la Montaña»; Pedro Prado, fríamente intenso en sus sutiles y originales emociones; Max Jara, Carlos Mondaca, Ernesto Guzmán, Jorge Hubner, Alberto Ried, Gabriela Mistral, Ángel Cruchaga, Daniel de la Vega, Antonio Orrego Barros, Pedro Sienna, Guillermo Muñoz Medina, Jorge González.

En medio de tan lucida selva poética se levantan, como troncos fornidos o árboles protectores, sabios e investigadores profundos de fama mundial, como don Valentín Letelier, don José Toribio Medina, don Do-

(1) Otros alemanes llegaron después cuyos nombres están vinculados brillantemente a la instrucción pública: José Enrique Schneider, Rodolfo Lenz, Federico Yohow, Federico Haussen, Juan Steffen, Poenisch, Guillermo Mann.

mingo Amunátegui Soler, M. L. Amunátegui Reyes, Gonzalo Bulnes; críticos y polígrafos como Omer Emeth (Emilio Vaise), Armando Donoso, Eliodoro Astorquiza, Valdés Cange, Amanda Labarca Hubertson, Inés Echeverría, Enrique Nercasseau y Morán, Juan A. Barriga, Luis Galdames, Enrique Molina, Arcadio Ducoing, Darío E. Salas, Jorge Huneeus, José María Gálvez, E. Blanchard-Chesi, Tito V. Lizoni, Valentín Brandau, Carlos Vicuña Fuentes, Moisés Vargas, Carlos Silva Cruz, Ramón Lavall, Agustín Cannobio.

La cultura chilena representa hoy día una entidad bastante autóctona y vigorosa, nacida de una conciencia serena de progreso, de una asimilación racional de todo lo bueno y de una consecuencia justa con el medio, la tradición, y las condiciones del suelo y de la raza. Las obras de los escritores chilenos, más sesudas que floridas, más intensas que extensas, originales y reposadas, responden muy bien a las caracterís-

ticas nacionales que arriba he indicado. La poesía misma no se oculta en lo que en el Sur llaman despectivamente «tropicalismo», es decir, verborrea, abigarrados arcos verbales, metáforas y giros violentos, sino que muestra límpido y claro el pensamiento sugeridor, el elemento imaginativo o el sentimiento. Diríase que el chileno aspira a la sobriedad como un recurso permanente de belleza viril. Dotado de una fuerte originalidad nacional al par que de una sana energía asimiladora, imprime así sello propio a todo lo nuevo e infunde en todas sus producciones un aliento de civismo, un perfume de la tierra nativa y un sereno espíritu de austeridad republicana.

El rango que en la civilización de América tiene ya y tendrá más alto aún este gran organismo nacional chileno, obliga el interés de todos los pueblos por las manifestaciones de su inteligencia y su carácter.

Hé aquí la razón de este artículo en CUASIMODO.

Doctrinas maximalistas

EUSEBIO A. MORALES

La convulsión política que repentinamente dio en tierra con el régimen vacilante implantado en Rusia por Kerensky después de la caída de Nicolás Segundo y de la voluntaria renuncia del poder por parte del Príncipe Lvof, ha planteado un problema universal cuya trascendencia no podemos medir todavía los hombres del presente.

Hasta el día en que Lenine y Trotsky se apoderaron del Gobierno en Rusia, las aspiraciones de los diversos partidos socialistas del mundo no habían pasado de la categoría de anhelos más o menos vehementes por reformas favorables a las clases trabajadoras, que fueron alterando paulatinamente la desigual distribución de riquezas entre el capital y el trabajo que ha venido prevaleciendo por muchos siglos. La labor de los partidos socialistas era de propaganda, más bien que de acción; pero de repente, en medio del confuso tumulto de la guerra, surge en Rusia como Gobierno el partido socialista extremo llamado bolshévista o maximalista, y hénos ya en presencia de una situación que lleva en sí las potenciales y posibilidades de un cambio de frente de la historia humana. Ya no es

cuestión de luchar en la prensa y en la tribuna por alcanzar el reconocimiento del mal del proletariado y obtener reformas legislativas que tiendan a disminuir ese mal y a hacerlo desaparecer; ya el proletariado es quien legisla y gobierna en uno de los países más poblados de la tierra.

¿Pero, cuáles son las doctrinas que los autores de ese movimiento en Rusia están haciendo prevalecer y convirtiendo en instituciones nacionales permanentes?

Tratemos de darle una sucinta respuesta a esta pregunta.

En el fondo, todos los partidos socialistas, entre los cuales comprendemos nosotros los anarquistas, comunistas, sindicalistas, socialistas cristianos, socialistas de Estado, nacionalistas y otros matices más o menos definidos, se inspiran en un concepto económico esencial, en cierto modo negativo: la mala organización y la injusta distribución de la riqueza social. En esa idea fundamental todos los partidos y agrupaciones que hemos enumerado están concordes; pero desde el momento en que pasan a los medios de combatir el mal y a la labor positiva o constructiva de eliminar éste para reemplazarlo por algo más justo y más hu-

mano, las diferencias surgen, grandes y profundas. Augusto Comte, filósofo más bien que economista, vé el problema por su faz moral y se limita a pedir la moralización del capitalista; Henry George, autor de la célebre obra «Progress and Poverty», indica como remedio el establecimiento de un impuesto único sobre la tierra; Edward Bellamy, el malogrado autor del libro genial «Looking Backwards», aboga por una completa reorganización social en la que fo-

lema las palabras «libertad, igualdad, fraternidad», y sin embargo, en nombre de esas ideas de amor y de benevolencia cayeron bajo el filo de la guillotina, por decenas de miles, las cabezas de seres inocentes. Al tratar, pues, de las instituciones que el bolshévismo ruso ha consignado en la nueva «Constitución de la República» y en sus leyes fundamentales, sólo las consideramos como ideas, nó como realidades dotadas ya de vida activa y fructífera.

siete; sus puestos equivalen a los de Ministros de Estado; cada uno de ellos es jefe absoluto de su Departamento administrativo y todos son responsables ante el Comité Central al cual deben darle cuenta inmediata de las órdenes y resoluciones que dicten.

Los ciudadanos elegidos miembros de cualquier Soviet, Congreso, Comité o Consejo pueden ser destituidos por los votantes que los han elegido y éstos tienen derecho a pedir que se haga una nueva elección popular para reemplazarlos.

Contiene la Constitución rusa una serie de declaraciones nuevas que merecen ser copiadas íntegramente.

“Artículo 10.—La República Rusa es una sociedad socialista libre, formada por todos los trabajadores de Rusia. El poder completo, dentro de los límites de la «República Rusa de los Soviets Socialistas Confederados» le pertenece a todos los trabajadores de Rusia, unidos en Soviets urbanos y rurales.”

“Artículo 13.—Con el objeto de dar a los trabajadores libertad real de conciencia, la Iglesia queda separada del Estado y la Escuela separada de la Iglesia, y se les concede a todos los ciudadanos el derecho de hacer propaganda religiosa o anti-religiosa.

“Artículo 14.—Con el objeto de asegurar a las masas trabajadoras la libre expresión del pensamiento, la República Rusa de los Soviets Socialistas Confederados declara abolida toda dependencia de la prensa respecto del capital y le entrega a los obreros y a los campesinos más pobres todos los elementos materiales y técnicos empleados en la publicación de periódicos, folletos, libros, etc. etc. y les garantiza la libre circulación de ellos en todo el país.

“Artículo 15.—Con el objeto de facilitar las reuniones libres de los obreros, la República Rusa de los Soviets Socialistas Confederados les ofrece salones amueblados y toma a su cargo el gasto de luz y de calefacción.

“Artículo 18.—La República Rusa de los Soviets Socialistas Confederados considera

Confederados reconoce también el derecho de los Soviets locales para conceder la ciudadanía a los extranjeros sin formalidades complicadas.

“Artículo 21.—La República ofrece así lo a todos los extranjeros que busquen refugio contra persecuciones políticas o religiosas.

“Artículo 64.—El derecho de votar y de ser elegidos para los Soviets lo tienen los ciudadanos siguientes, sin diferencias de religión, nacionalidad, domicilio ni sexo con tal que el día de la elección tengan diez y ocho años:

“a) Todos los que han adquirido medios de vida en virtud de un trabajo productivos y útil a la sociedad, y todas las personas empleadas en trabajos domésticos que le facilitan a los anteriores el dedicarse a labores productivas. En este número están comprendidos los trabajadores y empleados de todas clases en la industria, el comercio, la agricultura, y todos los campesinos y cosecheros agricultores que no emplean a otros para obtener provechos;

“b) Los soldados del Ejército y de la Marina de los Soviets;

“c) Los ciudadanos que han estado comprendidos en los dos párrafos anteriores y que han perdido su capacidad para trabajar

“Artículo 65.—No gozan del derecho de votar ni de ser elegibles, las personas que aunque comprendidas en el artículo anterior, se encuentren en uno de estos casos:

“a) Las personas que tienen trabajos asalariados con el fin de aumentar sus ganancias;

“b) Las personas que tienen una renta sin hacer ningún trabajo, sea como interés de un capital, sea como renta de propiedades

“c) Los comerciantes privados y los corredores de comercio;

“d) Los monjes y el clero de todas las denominaciones;

“e) Los empleados y agentes de la antigua policía, el cuerpo de gendarmes, los antiguos agentes del servicio secreto del Czar y

el cual se hallan cruzados y con los mangos hacia abajo una hoz y un martillo de oro bañados por los rayos del sol y rodeados por una guirnalda, con esta inscripción:

“República Rusa de los Soviets Socialistas Confederados.

“Trabajadores del Mundo! Uníos!”

Después del anterior bosquejo de la Constitución rusa creemos oportuno mencionar algunas leyes expedidas por el Comité Central Ejecutivo en desarrollo de la Constitución y con el objeto de poner en práctica las ideas socialistas preponderantes en Rusia.

La primera de esas leyes se refiere a la tierra y se titula «Ley fundamental sobre socialización de la tierra». Los artículos principales de ella son los siguientes:

“Artículo 1.—Todos los derechos de propiedad sobre la tierra, sobre los tesoros que existen en la tierra, sobre las aguas, bosques y demás recursos naturales fundamentales dentro de los límites de la República, quedan abolidos.

“Artículo 2.—La tierra pasa al uso de la población trabajadora sin ninguna compensación secreta o pública a sus primitivos dueños.

“Artículo 3.—El derecho a usar la tierra pertenece a los que la cultivan con su propio trabajo personal, con excepción de clases especiales determinadas en este decreto.

“Artículo 6.—Todos los animales vivos de propiedad privada y las granjas o cortijos inventariados pertenecientes a individuos que no trabajan personalmente, pasan sin ninguna indemnización a los departamentos de tierras de los Soviets de Condados, de Provincia, de la Región o de la República para que dispongan de tales propiedades.

“Artículo 19.—La tierra se le concede a todos los que deseen labrarla por sí mismos para el beneficio de la comunidad y no para obtener ventajas personales.

“Artículo 35.—Con el objeto de establecer el Socialismo, la República ofrece ayuda cultural y material para el cultivo de la tierra, dándole preferencia a la forma comunal y cooperativa de cultivos sobre la forma individual.”

Siguen después muchísimas disposiciones reglamentarias importantes, deducidas de los principios que anteceden y encadenadas de un modo lógico que revela un plan muy meditado.

Otra ley importante es la de la naciona-

lización de la industria bancaria. Los artículos 1 y 2 dicen así:

“El negocio de banca es un monopolio del Estado.

“Todos los bancos existentes y oficinas de banca quedan absorbidos por el Banco del Estado.”

Se crea por una ley especial una «Oficina Suprema de Economía Nacional», subordinada al «Consejo de los Comisarios del Pueblo» y encargada de funciones de inmensa importancia, como se ve por los artículos siguientes:

“Artículo 2.—La tarea de la Oficina Suprema de Economía Nacional es la organización de la economía nacional y de las finanzas del Estado. Con ese fin la Oficina preparará los planes de regulación de la vida económica del país; coordinará y unificará las actividades de otras juntas especiales, centrales o locales, que se creen para dirigir las industrias de combustibles, metales, transportes y provisiones; cooperará con los respectivos Comisarios del Pueblo en todo lo relativo a comercio e industria, agricultura, finanzas, guerra, marina, etc., etc., y en todo lo que se refiere a las actividades de las organizaciones de obreros en materia de fábricas y de comercio.

Artículo 2.—La Oficina Suprema de Economía Nacional tiene el derecho de confiscación, de hacer pedidos, de decretar secuestros o embargos, de ordenar la unión compulsiva de varias ramas de la industria o del comercio y de dictar toda clase de medidas en el campo de la producción y distribución económica y de las finanzas del Estado.”

La República Rusa ha regulado el matrimonio y el divorcio de un modo sencillo y claro. Todo cuanto se ha publicado sobre nacionalización de mujeres y de niños, matrimonios obligatorios y cosas semejantes, es absolutamente infundado. El matrimonio civil es obligatorio; el matrimonio religioso es voluntario.

La ley rusa no reconoce diferencias entre hijos legítimos e ilegítimos: todos son iguales y con iguales derechos.

Sobre herencias, la ley establece una completa demolición de todo régimen o principio anterior. El artículo fundamental de la ley especial de 27 de Abril de 1918 dice:

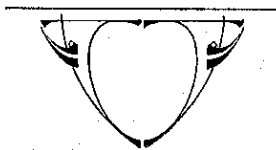
“La herencia, sea por ley o por testamento, queda abolida. Después de la muerte de un propietario, los bienes que le pertenecieron, sean muebles o inmuebles, pasan a ser propiedad del Gobierno de la República Rusa de los Soviets Socialistas Confederados.”

Los descendientes o ascendientes del muerto, su esposa y las demás personas que de él dependían y que no puedan trabajar serán mantenidas por el Estado con los bienes del finado.

Las transcripciones que anteceden son suficientes para dar una idea de la revolución social que está efectuándose en Rusia bajo el predominio de las doctrinas socialistas extremas. ¿Podrá afirmarse definitivamente ese régimen y hacerse atractivo para otros pueblos, como lo pretende Lenine y sus compañeros de labor y de propaganda? Imposible es responder por ahora a esa pregunta. Nos asaltan sobre el asunto graves dudas fundadas en una razón que no sabemos cómo se ha podido ocultar a la sagacidad y a la inteligencia de los revolucionarios rusos. El régimen parece inspirarse en la hostilidad entre diversas clases sociales y

tiende a la destrucción de los capitalistas por medio de la confiscación y del predominio de los proletarios. Es la subversión de un orden tiránico para ser reemplazado por otra tiranía. (1) Si en vez de esa soberanía se creara el régimen de la igualdad efectiva, el ensayo podría resultar en un triunfo definitivo del ideal socialista que se inspira en una justicia social noble, elevada y fecunda como la en que fundó su sistema Edward Bellamy; pero la guerra de clases no conduce ni conducirá nunca al equilibrio entre las varias fuerzas que rigen las sociedades humanas, y no hará sino provocar reacciones violentas y peligrosas. Esa es la sombra que obscurece el cuadro. Que cambien de rumbo los maximalistas rusos y su obra podrá ser loable y eterna.

(1) NOTA DEL D.— Aunque admiramos sin reservas y recomendamos el artículo precedente con que nos honra el Dr. Mora, una de las mejores plumas de América, creemos necesario hacer constar que no compartimos del todo sus ideas e impresiones acerca del alcance y virtualidad de la grandiosa revolución rusa.



Arte y Letras

A la novela "Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis" le sale un impugnador

ES poco cuanto se diga del éxito extraordinario que ha tenido en los Estados Unidos la última obra de Blasco Ibáñez "Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis".

Pero entre el coro de alabanzas con que los críticos han acogido la famosa obra, se ha dejado oír últimamente una irritada voz de protesta contra el furor de entusiasmo provocado por el libro del escritor español. Esta voz es la de Frank Harris, uno de los más reputados escritores de Norteamérica, no sólo como autor de libros de fama europea, sino como director que ha sido de importantes revistas en Inglaterra y Estados Unidos.

Como el artículo en que aparece la crítica de Frank Harris no es largo, creemos cumplir mejor nuestra misión informativa traduciéndolo y dándolo a conocer íntegramente a continuación.

"Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis"

Una de las grandes calamidades de la caótica situación actual es que las materias literarias vienen siendo siempre decididas por los prejuicios políticos. Cualquier escritor, aun tratándose de un redactor de «New York Times» o «New York Tribune», tendría vergüenza de juzgar un cuadro o escultura de acuerdo con las opiniones políticas del artista; pero el mismo crítico no tendrá reparo en alabar o censurar una novela o descripción de la guerra estrictamente de acuerdo con sus preocupaciones políticas.

Yo he leído veinte o treinta críticas de esta novela de Ibáñez; todas ellas alababan el libro descomedida-

mente; en virtud de lo cual me imaginé que la novela era una diatriba más contra los alemanes y me preparé a no hallar en ella ni una chispa de talento. Pero «La Bodega», de Ibáñez, me había interesado y como un periódico hispano-americano había dicho que «Los cuatro jinetes del apocalipsis» marcaban un progreso notable sobre «La Bodega», me decidí a leerla. Es muy larga, dos veces más larga que «La Bodega», y el argumento es una mera sucesión de incidentes, una descripción de la vida de la Argentina hace treinta años, y luego la vida en París y en Francia durante la guerra.

Como descripción de vida, la primera parte del libro es infinitamente la mejor; Ibáñez entiende la vida española y el carácter español; pero cuando trae sus ricos argentinos a París se sale de ambiente. Ibáñez cree firmemente todo lo que se ha dicho contra los alemanes; el resultado es una pintura de obscenas bestias salvajes más groseras que monos, más feroces que lobos. Ibáñez ha dado rienda suelta a todos sus prejuicios latinos en el curso de este libro; los alemanes que pinta son irrevocablemente malos, sin una sola excepción. Sus prejuicios le ahogan como a Kipling.

Esto explica la inmensa popularidad del libro en este momento y me ahorra la molestia de probar que dentro de cinco años será tan groseramente ofensivo al buen sentido de los lectores en general como lo es ahora para el lector reflexivo.

Es una lástima, pues el libro tiene algunas bellas páginas. El héroe argentino del libro, Julio, se conquista el afecto de una francesa casada, pero cuando la guerra estalla siente

ella un ímpetu de sacrificio que la lleva a trocarse en enfermera, abandonando a su amante. Más tarde se encuentran; pero ella se ha consagrado devotamente a su burgués marido, soldado francés que acaba de perder la vista en batalla. Y cuando Julio la acosa, ella declara que le ama tan apasionadamente como antes, pero que ama también a su pobre marido herido y enfermo. "No puede ser, no puede ser", grita Julio; "tú no puedes amar al mismo tiempo a dos hombres". "Sí, le amo", replica ella, "y por eso es que debes irte; si yo no te amara y temblase por tí, ¿por qué había de querer que te fueses?"

Esta escena es nueva, hondamente concebida, diestramente ejecutada. Pero una buena escena no es bastante para hacerse perdonar quinientas páginas. El efecto total del libro es deprimente y repulsivo. No hay una sola nota de necesidad que redima el sufrimiento, ningún sentido de un alto destino reclamando el sacrificio humano, ni aún la amarga, saludable lección de que el egoísmo debe expiarse tarde o temprano; ningún soplo de inspiración, ningún rayo de fé en la redención por el castigo, ningún murmullo de un credo consolador, nada! Ciegamente han vivido estos hombres, cada cual para sí, y ciegamente han muerto, y el diablo se los vá llevando a todos, desde el primero al último, como a un montón de miés segada.

Es triste que el talento de Ibáñez no haya podido hacer algo mejor que esto."

Un nuevo compositor inglés se da a conocer

Bryceson Treharne, oriundo de Gales, Inglaterra, era un prisionero que se escapó de un campamento alemán en el año 1917 y desde entonces comenzó a adquirir fama internacional por la belleza de las canciones que ha venido componiendo. Casi todo su repertorio se compone de canciones, pero el encanto de éstas sobrepasa de tal modo cuanto se ha producido en este género en su país, que Louis Graveure, crítico musical de Londres, le considera como el Schubert inglés.

He aquí algo de lo que ha dicho Graveure en un reciente trabajo:

"Bryceson Treharne, en mi opinión, ha venido a cristalizar los sueños que hemos acariciado hace años de una literatura de canto en el idioma inglés que valiese la pena desde el más alto punto de vista. Me gustaría pronosticar que el triunfo de las canciones de Bryceson Treharne provocará el despertar de un gran número de compositores ingleses que, alentados por el hecho concreto de este triunfo, se atreverán a darle de lado para siempre a sus vanos intentos de copiar a Debussy y Strauss, para dar rienda suelta a su genuina inspiración artística."

Y otro crítico que escribe en el «New York Times» vé en Treharne a un compositor de canciones de un tipo moderno, "cuyo fuerte está en la expresión declamatoria, en cierto realismo plástico, en la pintoresca sugestión y delicada evocación conseguidas mediante un acompañamiento de piano fuerte muy complicado. Este acompañamiento se basa casi siempre en combinaciones de armonía tan audaces como originales. Los versos que más atraen a Treharne para sus composiciones son los de carácter simbólico y místico y a veces los humorísticos. Shakespeare es el autor cuya poesía le ha merecido hasta ahora mayor predilección. También figuran en su repertorio composiciones de Byron y Browning.

Cuando estaba internado en Alemania, Treharne escribió nada menos que doscientas canciones, y ni el rigor de la prisión ni la escasa y mala comida lograron agostar su actividad creadora. Dieciocho meses después consiguió que lo incluyeran en un canje de prisioneros y regresó a Inglaterra. Actualmente se encuentra en los Estados Unidos, donde está componiendo dos óperas, una de las cuales se basa en una leyenda galés. El libreto para esta ópera fue escrito por un compañero de prisión llamado Leigh Henry.

Libros para Sur-América

Hace tiempo que de los Estados Unidos se ha estado remitiendo a los países de Sur-América grandes cargamentos de libros, con el fin de promover relaciones intelectuales más íntimas entre ambos continentes. No ha habido remesa que haya bajado de mil libros y alguna de éstas ha alcanzado la cifra de dieciséis mil. Estas colecciones incluyen libros de los autores más notables en

prosa y verso y también obras educativas de historia, geografía, pedagogía, filosofía, industria, etc., escogidas estas últimas por el doctor Peter H. Goldsmith, de la sociedad «International Conciliation». Igual medida se ha adoptado en distintas universidades americanas y el «New York Times» da cuenta de que hay ya grandes colecciones de libros latino-americanos preparadas para ser repartidas entre las universidades y otros centros de Norte América.

Escuela de cine

En la Universidad de Columbia de los Estados Unidos se está por inaugurar en este verano un curso nuevo que tendrá por objeto la ciencia de la cinematografía, según la llama «The World», el periódico de donde tomamos esta noticia. No solamente se dará clase de fotografía cinematográfica, sino también, y muy detenidamente, de todo lo relacionado con la complicada técnica de las comedias y dramas del cine.

Cinedrama sensacional. — “La bella de Nueva York.”

La opereta de este título que hizo tanto ruido en Inglaterra y Estados Unidos hace cosa de veinte años y en la que la celebrada artista americana Edna May alcanzó su éxito más resonante, será muy pronto exhibida en los cinematógrafos del mundo. Convertir un drama musical en un drama de cine no es tarea fácil, y por esto la compañía se valió del conocido autor dramático Eneenio Walter, quien, en opinión de los inteligentes en la materia, ha logrado hacer la traslación sin alterar en lo más mínimo la trama de la obra. Marion Davies, una de las más bellas y talentosas estrellas del cine, es la que tiene a su cargo el papel principal. Hablando de su nuevo papel en esta obra, Marion Davies le dijo a un periodista:

“Me gusta este papel más que ningún otro que haya hecho jamás ante la cámara. Por qué? Pues porque supongo que es más real y humano que los otros. Y también porque creo que me viene mejor que los demás papeles que llevo representados en el cine. No tengo duda de que el gran público será de mi misma opinión.”

La pintura y la guerra

Recientes exhibiciones verificadas últimamente en New York, todas sobre asuntos y

episodios de la gran guerra mundial, han provocado un sentido lamento de parte del pintor americano Albert E. Gallatin, del Departamento de Publicidad Pictórica. Como quiera que estas celebradas obras todas son de autores ingleses y franceses, Gallatin acusa a los americanos de habérseles dejado arrebatar totalmente la mejor de las oportunidades para que sus pintores mostrasen su fuerza al lado de los europeos.

“Inglaterra, Australia y Francia se dieron cuenta inmediatamente de la oportunidad y mandaron al campo de batalla sus mejores hombres; pero América, a pesar de todos los ruegos y solicitudes de parte de dibujantes y pintores, se opuso una y otra vez. ¡Qué serie de grandes cuadros pudimos haber traído!”

Esta guerra ha sido de proporciones nunca vistas. Como han dicho los escritores, no se podría expresar con palabras. Las palabras son deficientes para expresar sus nuevas fases, sus nuevas condiciones, el nuevo mundo que ha ido surgiendo de ella. La historia de lo que ha pasado solamente podía decirlo el lápiz y el pincel. Otros países se apresuraron a enviar sus hombres; Inglaterra, por ejemplo, mandó a Sir John Lavery a presenciar la entrega de la escuadra alemana. Lavery hizo cien cuadros marinos. Imaginad el valor histórico de éstos cuando pase el tiempo. En cambio nosotros no tendremos nada.”

Los dramaturgos españoles en los Estados Unidos.

Un escritor de Boston, llamado Charles Alfred Turrell, acaba de dar a la publicidad una obra con las traducciones de algunos dramas de cuatro autores españoles. Estos son los señores Linares Rivas, Marquina, Zamacois y Joaquín Dicenta. El tomo contiene seis dramas y un prólogo en que se da una idea general de la literatura dramática contemporánea en España.

Comentando esta obra, dice en el «Sun» el crítico americano Barret H. Clark:

“El estudio del teatro español de las últimas tres o cuatro décadas ha sido muy abandonado en este país. Echegaray ha sido saludado como representante del drama español durante tantos años, que se ha hecho costumbre considerarle como un contemporáneo de nosotros, cuando

do en realidad sus obras se iniciaron casi en la época misma de las de Meredith. Gracias a los esfuerzos de John Garret y algunos otros hemos comenzado a reconocer la existencia de un grupo estriictamente contemporáneo de autores españoles. Mr. Garret ha traducido varios dramas de Benavente, dos de los cuales han sido representados aquí. Existen traducciones de algunos dramas de Guimerá, Galdós y los Quintero. Ya hay cerca de 30 dramas españoles modernos traducidos y publicados recientemente. Otros 15 ó 20 deberían publicarse y de esta manera estaríamos tan bien equipados en lo que respecta a España como lo estamos con Francia y Alemania y mejor preparados para estudiar el drama español que el italiano."

Ahora veamos lo que nos dice el mismo escritor acerca de las obras que contiene el volumen de Alfred Turrell. Este volumen empieza con la «Electra» de Galdós, acerca de la cual dice Mr. Turrell que es un drama fuerte, pero un poco limitado, subordinado al deseo de inspirarle entusiasmo sólo al público español. Del drama «La Garra», de Linares Rivas, dice que está escrito con la intención de exponer los males del dominio de las ideas clericales y que a despecho de la tesis es hondo y emocionante. Luego habla de los hermanos Quintero, representados en este libro por la comedia «Puebla de las Mujeres», vertida al inglés con el título de «The Women's Town» y dice: "aquí no nos tropezamos con ningún designio; la intención del autor es solamente trazar una pintura alegre y vívida de la vida provinciana, y en esto son sobresalientes estos autores."

«Cuando florezcan los rosales» es la obra de Marquina que ha escogido el traductor. De esta obra dice Mr. Clark que es una pieza sentimental con una historia de amor algo anticuada, pero decididamente encantadora. De Zamacois no dice sino que está representado en la obra por su comedia «Los reyes pasan». Y del «Juan José» de Dicenta dice que, aunque no es lo que se llama un drama de tesis, expresa el tratamiento injusto que se les da a los obreros.

Como se ve, no puede ser más superficial la impresión que este escritor le da a su público acerca de los autores traducidos. Pero de todos modos, el hecho es que ya ha nacido entre los americanos la curiosidad por las firmas españolas y esto ya es un triunfo colosal si se tiene en cuenta lo grande y rico del mercado.

El Centenario de Walt Whitman

El día 31 de Mayo se cumplieron justamente cien años de haber nacido, en West Hills, Long Island, el más inspirado y glorioso poeta que ha producido el Continente americano: el gran Walt Whitman.

Para los que conozcan la obra colosal del insuperable Whitman, ninguna otra fecha les parecerá tan digna de recordación y conmemoración como la de este apóstol y profeta del nuevo espíritu de democracia que ahora asoma en el mundo. Todo lo joven, lo sano, lo vigoroso, lo ardiente; todo lo que, bajo el cielo de América, sueña, clama y trabaja en nobles tareas de renovación y emancipación social, debe empeñarse en que no quede un solo rincón de América sin el honor de celebrar este aniversario.

Precisamente, en los Estados Unidos, cuna de Whitman, se ha celebrado hace poco el aniversario de otro poeta, James Russell Lowell, y, para concurir a este aniversario, Inglaterra mandó nada menos que al gran dramaturgo, de fama europea, John Galsworthy. Cuatro días fueron consagrados a la fiesta de celebración. Y en relación con la magnificencia de este aniversario, el magazine americano «The New Republic» hace notar el gran contraste que se observa entre el entusiasmo de los elementos académicos y universitarios demostrado por la memoria de Lowell y el silencio casi absoluto, la frialdad polar que reina entre esos mismos elementos a la aproximación del centenario de Whitman. Y dice el citado periódico:

"Una cosa es glorificar a un hombre como Russell Lowell que trabajó industriosamente dentro de los límites de una vieja retórica y un romanticismo rutinario, y otra cosa es alabar al hombre que saltó por encima de estos límites. Y es más como liberador que como poeta que Whitman ha influido en el arte americano."

"El vino con un reto a muerte, en los labios y en la actitud, para la aristocracia literaria. Antes que nada, su ambición fue fundar una democracia de pensamiento, de emoción, de tema..." "Cuando la mayor parte de sus contemporáneos transatlánticos se dedicaban a pasear elegantemente por los jardines de la mitología, improvisándoles himnos a los amores menores de las divinidades griegas mayores, Whitman escribía:

—Ven, musa, emigra de Grecia y de Jonia.—

Tacha con una cruz esas cuentas tantas veces sobrepagadas,—

Esos asuntos de Troya, y la cólera de Aquiles, y los viajes de Ulises.

Sobre las rocas de tu albo Parnaso, escribe: «Mudada» o «Se alquila»...

Pues hay una zona mejor y más fresca: un imperio más grande te aguarda y te aclama.

No hay nada que él odiase tanto como las pedanterías académicas, como el repulido estilo de los que viven colgados de la Gramática y del diccionario. He aquí otro fragmento de los suyos que viene muy al punto:

“Me gustan las palabras flexibles, durables, impetuosas. Me gusta verlas aplicadas a mí mismo — y me gusta verlas en los periódicos, en los tribunales, en debates, en congresos. ¿Suponéis que las libertades y la fuerza muscular de estos Estados sólo tienen que ver con las delicadas palabras para oídos de damas? ¿Con palabras para uso de enguantados caballeros?

...Los malos presidentes, los malos jueces, los malos periodistas, los dueños de esclavos, los monopolistas, los filisteos, los afeitados, los castrados, los pisaverdes, los beatos... son los que gritan siempre contra el uso de las fuertes, cortantes, rudas y bellas palabras. Para los instintos viriles del Pueblo, siempre ellas serán las bienvenidas.”

Juventud de América: no olvides que Whitman cumplió cien años de nacido el día 31 de Mayo de este año. Si eres amante de esta democracia nueva, de esta democracia de alma generosa que está naciendo ahora, no olvides que Whitman fue su precursor aquí en América... ¡Glorifícalo!

Aspectos nuevos e interesantísimos de la vida del gran Walt Whitman.

Guido Bruno, el autor del trabajo que transcribimos a continuación, romándolo del brillante magazine que edita en Nueva York el famoso escritor Frank Harris, es uno de los intelectuales jóvenes que ahora en América se destacan con más vigorosa personalidad. (N. del D.)

Querido Walt Whitman:

Hoy es el vigésimo séptimo aniversario de tu muerte. Yo he venido aquí a adorarte en tu santuario. Soy europeo como sabes y nosotros los europeos tenemos en la sangre mis-

ma la reverencia de nuestros grandes escritores y artistas. Nos deleitamos yendo a visitar las casas que habitó el genio, yendo a ver por nuestros propios ojos los lugares que nuestros grandes hombres amaron. Camden no ha cambiado mucho desde tu partida. Las gentes entre quienes tú vivías son hoy las mismas que eran entonces: pequeños, mezquinos, vanos, intransigentes. Tus amigos son ahora tan pocos como en los viejos días. Déjame contarte algo de todo esto.

Nunca entró en mi ánimo la idea de cerciorarme del número de la calle de tu antigua morada. “Cualquier muchacho de la calle”—pensaba yo—“sabrás señalarme la casa de Whitman.” Cuando entré en el pueblo le pregunté a un policía dónde estaba tu casa. “¿La casa de Whitman?”—repitió—“está lejos, fuera de la ciudad, en alguna parte mala, seguramente. Usted debe parar en «Ridgely House». Ese es el mejor sitio en el pueblo para hospedarse.” No sabía nada el policía acerca de tí y pensaba que yo buscaba un hotel. El boticario de una esquina cercana te conocía algo. “Guillermo Kettler era gran amigo de él”—me dijo.—“El le dirá todo cuanto desea saber.” Y me dió la dirección de Mr. Kettler. Mr. Kettler vive todavía en «North Street», pero últimamente ha venido desempeñando el cargo de director de la biblioteca municipal. Está muy gordo, pero muy atento y bondadoso. Cuando llegué a la casa se estaba mudando y me dijeron que Mr. Kettler estaba enfermo y que se iba con su familia a la playa a pasar el verano. “Este culto de Whitman me enferma”—exclamó cuando supo a qué venía. “Vamos a ver ¿quién era Whitman, después de todo? ¿Poeta? Pues yo sostengo que hay ciertos escritores en los magazines de hoy, como los hubo en su tiempo, que escriben tan buenos versos como los de él. Y su prosa es abominable. Sus escritos no pueden leerse en ninguna casa respetable. Corrompen la mente y son ofensivos a la moral. Nosotros le hemos conocido bien, le hemos visto diariamente y su bochornoso modo de vida escandalizaba al pueblo.”

“Yo era periodista y trabajaba en el «Camden Post», en tiempos de Bonsall, cuando Whitman solía visitarnos casi todos los días. Bonsall era amigo de él y le prestó muchos servicios. Pero Whitman era un ingrato.”

“¿Quiere usted saber lo que nosotros, los ciudadanos respetables de Camden, opinábamos acerca de él? Yo no quiero referirme a la generación nueva, sino a los que le conocimos en vida. No parece bien el hablar mal de los muertos... pero siempre le tuvimos por un pordiosero incorregible que vivía de una

manera muy inmoral... un viejo vagabundo.”

“Con decir que sólo hace unos meses uno de los más prominentes ciudadanos de este pueblo, John J. Russ, rico agricultor, se opuso a que figurase el nombre de Whitman en la lista de honor de nuestra biblioteca... Sin ir más lejos, el Juez Howard Carrot, de Merchantville, podría decirle a usted de qué modo aquel viejo bribón solía meter a las gentes en dificultades, y si el asunto hubiera venido hasta el tribunal el escándalo hubiera sido mayúsculo, pero el Juez decidió despacharlo privadamente...”

“Yo recuerdo, varios años después de la Guerra Civil, la última visita de Whitman a la redacción de nuestro periódico. Mr. Bonsall, el director, y yo y Whitman estábamos conversando en la oficina. Un repórter muy joven oía la conversación. Mr. Whitman insistió en hacernos uno de sus sucios cuentos. Él sabía muchos y los contaba sin fijarse en quienes estaban presentes. Mr. Bonsall quedó estupefacto. Y yo recuerdo perfectamente lo que le dijo antes de echarle de la oficina: “Oiga, Whitman, le dijo, ¿por qué usted no se hace un ciudadano útil como cualquiera otro de nosotros? Usted no hizo nunca nada decente y digno de un ciudadano americano. Cuando nosotros tomamos las armas y nos fuimos a pelear con el enemigo, usted andaba por los hospitales dándose aires de filántropo. Más tarde, cuando volvimos a la vida civil, tratando de hallar empleos y pensiones para ganarnos la vida, usted seguía predicando principios humanitarios y hablando contra las crueldades de la guerra. Y ahora, mientras nosotros estamos encadenados a nuestras ocupaciones, usted se dedica a escribir cosas pornográficas que ningún periodista decente imprimiría, y la mayor parte del tiempo se la pasa de vago por ahí corrompiendo a nuestra juventud. Yo no tolero en esta oficina conversaciones obscenas; por consiguiente, salga de aquí y que nunca lo vuelva a ver.”

Pero ¿no había dicho usted — exclamé yo — que Mr. Bonsall era amigo de Whitman?

“Sí; ellos eran amigos,” gritó Mr. Kettler, “hasta que surgió el condenado asunto de aquellos versos. Whitman estaba componiendo un librito de versos. Mr. Bonsall que, a mi juicio, no sólo era un hombre y literato excelente, sino también un poeta de no escasas facultades, le envió una colaboración. Y aunque aquellos versos de Bonsall eran lo que se dice buenos, Mr. Whitman se negó a insertarlos. Desde entonces Mr. Bonsall y yo no quisimos más cuentas con Whit-

man, que hería por la espalda a sus amigos a la primera oportunidad.”

Vanidad herida, pensé yo. ¡Qué pequeño me parecía este hombre Kettler con sus mezquinos reproches! Habían transcurrido cuarenta años y todavía no podía olvidar la repulsa de unos versos.

“Pero lo que es peor” — continuó Mr. Kettler. — “es que Whitman le ha echado a perder la vida a Horace Traubel. Este era un joven excelente, hijo de un digno, honorable ciudadano. Pero se sucesionó con la grandeza de Whitman y le dedicó su vida toda a Whitman. Desde entonces adoptó por completo la moral de Whitman.” Y Mr. Kettler procedió a contarme la vida privada de Traubel. Eran unos cuentos que la esposa de un policía, vecina de Traubel, le había hecho.

Todo esto te divierte, ¿no es cierto, Walt Whitman?

La casa de madera donde tú vivías está en una condición deplorable. Una familia italiana la habita. Es la familia de un chef llamado Thomas Skimer. Tiene tres chiquillos y cuatro huéspedes. Los huéspedes tienen sus niños también. Una bandada de chicos juega en tu patio en torno del ruinoso aljibe. Tu salita, donde solías sentarte, cerca de la ventana, a entretener a tus visitantes, ahora es dormitorio y comedor a un tiempo. No hay ni siquiera un solo retrato tuyo en esta habitación. Sólo se divisa en sitio principal un cromó chillón del rey de Italia. Uno de los muchachitos sabía tu nombre. “¿Usted quiere saber dónde murió el viejo?” — me preguntó — y me condujo a un cuarto interior en el mismo piso. Había allí una cama. Nunca ví otra más grande en mi vida. “Todos dormimos en ella” — me dijo el muchacho.

Yo sé, Walt Whitman, que tú te encoges de hombros y sonríes con indiferencia. ¿Qué te puede importar a tí quien duerma ahora en la habitación donde expiraste, quien viva ahora en la casa donde viviste y amaste y cantaste? Pero a mí me dolió el corazón. La pobreza, el mal olor, la completa irreverencia! Este italiano paga diez dólares mensuales de alquiler. Todas las viviendas vecinas son pobrísimas y la propiedad podría comprarse fácilmente con muy poco dinero. ¿Es así como la nación más grande honra a sus más grandes genios literarios?

Tu entusiasta joven médico Dr. Alejandro Me. Allister, se ha puesto un poco viejo, pero no de espíritu. Me llevó a su biblioteca, y en ésta como en su corazón has encontrado un altar.

Yo amaba a Walt Whitman — me decía

el Dr. Alister—desde que era estudiante en la Facultad de Medicina y me lo encontraba casi todos los días en la calle. Hablábamos algunas veces. En una ocasión me llevó a su casa y más tarde, después de mi graduación, tuve la oportunidad de prestarle algunos servicios profesionales y nunca dejé de visitarle una vez al día por lo menos hasta que murió. Whitman era el hombre más bueno y limpio de corazón que he conocido. Nunca le oí decir una palabra obscena. La magnífica personalidad de Walt Whitman y la general confraternidad inspirada por los sentimientos que inculcaba y sus grandes intuiciones con respecto al destino de América, seguramente que han debido impresionar a todos cuantos le conocieron antes de que conquistase fama de poeta. Vivió él una vida tan amplia y noble que cada día será estudiada y emulada más, que cada día se arraigará más y más en los corazones. El mundo social, humano, alcanzará con su ayuda un nivel no soñado. La nueva vida que él predicó todavía no es ni si quiera un anhelo en el corazón de los americanos. El prendió la chispa sobre el combustible ya preparado y la llama viviente ha descendido profundamente entre las masas alestargadas y ya comienzan a surgir lenguas de fuego. Mientras más tiempo transcurra desde su muerte, mejor será conocido. Para mí es él el americano típico, típicamente moderno, centro y fuente de una nueva aspiración espiritual más sensata y viril que cualquiera otra hasta hoy. Whitman creía que cada hombre tiene en sí el elemento de la divinidad y que este elemento era capaz de crecimiento y expansión indefinidos.

El era el hombre más democrático que jamás ha habido. Todo el mundo era bien venido a su casa; todo el mundo era su igual; todo el mundo era su amigo. Tuvo muchos enemigos pero también muchos amigos. Él creía que Ingersoll era su mejor amigo. El Dr. Longacker y Horasio Traubel estaban casi siempre en su compañía, especialmente durante los últimos años de su vida. Algunas veces ellos le alborotaban los nervios, porque continuamente llevaban papel y lápiz para anotar cuanto le oían decir. En el año 1892, en la época de Pascuas, Whitman estaba en un estado desesperado. Todos esperaban su muerte. Traubel y el Dr. Longacker estaban constantemente en el pasillo contiguo al cuarto del enfermo recogiendo ávidamente cualquier palabra de Whitman. Warren Kritzinger, su enfermera, estaba con él en aquel momento. “¿Están ahí esos majaderos esta tarde?” — preguntó él cuando la debilidad general aumentaba y el ruido

de los papeles en el pasillo le molestaba mucho al parecer.

El día antes de su muerte vine yo por la mañana y le pregunté: “¿Cómo se siente?”

“Bueno, doctor”—contestó—“yo estoy causado de esta horrible monotonía de esperar. Me fatiga esta espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza.”

¿Te interesaría, Walt Whitman, saber cómo transcurrieron tus últimos minutos en la tierra, cuando yacías en la inconsciencia de un síncope? El doctor McAlister me los ha relatado. “Su fin fue apacible. Murió a las seis y cuarenta y tres de la tarde. A las cuatro y treinta llamó a la señora Davis y le rogó que lo cambiara de la posición en que yacía. La enfermera fue llamada y luego se me envió un recado a mí. Cuando llegué a su cama, él descansaba sobre el lado derecho, tenía el pulso muy débil y lo mismo la respiración. Le pregunté si tenía algún dolor y si podía hacer algo por él. Se sonrió bondadosamente y murmuró algo en voz muy baja. Por algún tiempo permaneció inmóvil, con los ojos cerrados. Un poco después de las cinco, abrió los ojos por un momento, sus labios se movieron tenuemente y logró murmurar: “Warry, shift.” (Warry era el nombre de su enfermera y «shift» significa «cámbiame». N. del T.) Después vino el final. Yo me incliné sobre él acechando los postreros latidos de aquella vida en fuga. Su corazón seguía palpitando cincuenta minutos después de haber cesado él de respirar.”

El Dr. McAlister era gran amigo tuyo, Walt Whitman, y yo creo que tú estás con él cada minuto de su vida. El estima y conserva como tesoros los libros que tú le dedicaste, tus retratos cuelgan de las paredes de su casa y uno de sus grandes amores ha sido siempre el pequeño busto en yeso que le regalaste.

Por supuesto que sabrás que se te hizo la autopsia poco después de ocurrida tu muerte. Puedo decirte algo de tu cerebro que ahora está en manos de la Sociedad Antropométrica. Yo creo que es un honor que el cerebro de uno vaya al museo de esta sociedad, porque ella ha sido organizada con el fin especial de estudiar los cerebros de los altos tipos de intelectualidad. La causa de tu muerte fue una pleuresía del lado izquierdo y tuberculosis del pulmón derecho. Tenías el hígado hipertrofiado y un cálculo biliar muy grande en la vejiga. Los buenos doctores se maravillaban de que hubieses podido conservar la respiración por tanto tiempo con la pequeña porción de tejido pulmonar que te quedaba. Ellos lo atribuían

principalmente a aquella energía indomable "que fue tan característica de todo cuanto formó parte de la vida de Walt Whitman". Ellos dijeron en su informe oficial que cualquiera otro hombre hubiera muerto mucho antes con la mitad de los cambios patológicos que existían en tu cuerpo.

A la caída de la tarde, cuando el sol de un bello día primaveral se ponía, salí yo a pie para el cementerio Harleigh donde tú mismo construiste aquella tu espléndida tumba. Cuán sabio fuiste, Walt Whitman, inspeccionando el corte de las piedras, viéndolo a los trabajadores construirte la sepultura. Qué hermoso sitio el que escogiste para tu último lugar de descanso. El lago yace dormido en el cálido aire de la noche. Los sauces ondulan suavemente como si los acariciasen manos invisibles. Un viejo obrero, ya cuando iba a salir del cementerio, me detuvo para enseñarme el sitio donde tú solías sentarte a verlos trabajar. El me contó cómo tú escribías "cosas" en pedazos de papel que pedías aquí y allá y cómo se los leías a los que labraban la piedra de tu tumba. Pedí la llave. Últimamente la han tenido cerrada. Abrí la pesada puerta de granito y permanecí durante un instante inmóvil en la semi-oscureidad de tu casita. Y pensé en tí, durmiendo ahora allí en tu ataúd, apacible, indiferente, bondadoso. Luego pensé en los otros monumentos que has construido con palabras, tu propia casa erigida por tí mismo, un templo no labrado con las manos, destinado a la eternidad.

Siempre bastándote a tí mismo, siguiendo

tu propio camino hacia tu propio fin. Ninguna leyenda habla de tí, de tu vida y ejemplaridad. Tú vives en el corazón de miles de americanos. Pronto, muy pronto quizás, tu nombre y América serán sinónimos. Walt Whitman, nosotros aquí en la tierra estamos despertando a tus ideales sobre América.

Devotamente tuyo,

GUIDO BRUNO.

Amado Nervo

Ya el cable ha llevado a todas partes la noticia de la muerte del exquisito Nervo. Su muerte acaeció precisamente cuando en la Argentina y Uruguay se le acababa de tributar el más puro y cordial de los homenajes. Era de los pocos que había ungido la fama mercedosamente. No había en nuestras tierras ninguna voz como la suya, para darnos emociones hondas del más acá y más allá de las cosas. En su verso no hay jamás efectismos de mal gusto, ni enfadoso adiposidad de imagería, ni pueriles afiligranamientos de orfebre, ni flatulencias de énfasis declamatorio, ni gallardías estudiadas de hierofante. Vivió siempre en serio, con la cara vuelta hacia los grandes y eternos problemas, y hablaba siempre con la suprema sencillez de todo fino espíritu en plena madurez que ha hecho de la palabra un camino y no un fin. Su muerte, en esta hora tan sobrecargada de futuro en que tanta falta hacen los tipos superiores, es realmente una inmensa desgracia.

